
ANTONIO LEAL

Sociólogo. Doctor en Historia de la
Filosofía. Profesor Universidad de
Santiago y Universidad de Chile.

La Izquierda después de Marx

Para enfrentar la crisis de paradigmas que vive la izquierda en el mundo, hay varios caminos: uno, es el de refugiarse en el fundamentalismo ideológico, en el mundo de los "principios", aferrarse a lo que haya sobrevivido de las certezas y suponer que baste "problematizar la existencia y el devenir del socialismo" para resolver el problema, otro es el de pasar del desconcierto de la crisis al pragmatismo absoluto y, el tercero, es el de reconocer la crisis, identificar las causas de ella, admitir el desconcierto y el vacío y realizar una profunda búsqueda cultural ligada a la nueva realidad del mundo del 2000.

Esto último implica, en primer lugar, hacer un ajuste de cuentas con la tradición más influyente del socialismo, el marxismo, detectando aquellos contenidos teóricos que constituyen una rémora y, a la vez reconociendo las insuficiencias de esta teoría, y de las teorías fundacionales en general, para interpretar la fase de la modernidad que hoy vivimos.

Ciertamente, la izquierda no nace con Marx, es anterior a él y por supuesto al marxismo. La idea de la política entendida como conflicto de interés entre izquierda y derecha - que ha configurado el esquema político de los últimos

200 años- es fruto de la Revolución Francesa y se origina en Versalles en Agosto de 1789. Allí la izquierda nace para encarnar ideales igualitarios, liberales, antiindividualistas, solidarios, para representar un proyecto cuyo origen es el iluminismo, con el compromiso explícito de realizar las promesas ideales de la revolución, reinterpretaando, de manera progresiva en la historia, sus contenidos y transfiriéndolos de la esfera civil a las esferas políticas, económicas, sociales y culturales.

La actitud iluminista nace cuando algunos pensadores llegaron a la conclusión que la posición del Renacimiento y de la Reforma sobre el pasado del conocimiento y de la ciencia debía ser superado. La base de esta reflexión parte de los grandes descubrimientos científicos, ligados a las matemáticas de Descartes, la ciencia de Huyghens, los nuevos conceptos científicos introducidos por Galileo, Kepler y Newton y, especialmente, por Bacon, todo lo cual permitió difundir y popularizar el conocimiento.

Este proyecto se ha expresado de diversas maneras en el lenguaje de los derechos: como historia de extensión de la ciudadanía, de la justicia, de la democracia, o como lucha inagotable contra la explotación y la opresión. Kaustky expresaba esta idea cuando señalaba que el objetivo del socialismo es la "abolición de todo tipo de opresión, esté dirigido contra una clase, un partido, una raza, o cualquier grupo humano"

La propia palabra socialismo se escribe, por primera vez, en Inglaterra en 1827, en los Círculos Socialistas de Owen y, en Francia, en 1832 en los Círculos Saint-Simonneanos. Fue el iluminismo, como inspirador primogénito de la cultura de la izquierda, el que estableció el nexo profundo entre ética y política.

RAZÓN Y UTOPIA

Sin embargo, es la elaboración de Carlos Marx y con ello el marxismo, la principal tradición de la cultura socialista y de la izquierda. Esto, porque el marxismo supera la versión de la crítica social típica de la ilustración y combina crítica y proyecto, generando así la perspectiva del movimiento, de una tradición política autónoma y respondiendo, de manera racional, a las ansias de transformación social. Marx descompuso y recompuso todo el saber de su tiempo en un nuevo mosaico teórico que llamó socialismo científico, el cual debía abrir puertas a lo que Engels llamó "El reino milenarista de la libertad". El marxismo, que reemplazó al iluminismo como base teórica de la izquierda, identifica la ética con las leyes del desarrollo histórico.

La gran utopía marxista está ligada a dos grandes principios de la tradición cultural de la historia de la civilización occidental: El principio griego -iluminista de la razón, es decir, la vía de la razón analítica, el método de la discusión crítica, la descripción y la interpretación de los hechos; y el principio judeo-mesiano, es decir la vía de la salvación, la tensión hacia lo absoluto, el deseo de cambiar el estatuto ontológico de la realidad.

Marx entrelazó estas dos tradiciones de la civilización occidental y trató de demostrar porque ambas trabajan por producir el mismo fin: la liberación de la humanidad de la miseria y de las penurias. La originalidad de Marx consiste, precisamente, en mantener inalterados los ingredientes esenciales del mesianismo revolucionario insertándolos en una teoría del cambio social de sello iluminista. Contempla también el elemento comunitario, el principio de la comunidad de bienes, que tienen -desde Platón en adelante, pasando por el Renacimiento, es decir a partir de la recuperación de la cultura clásica- todas las utopías políticas: las descripcio-

nes de las ciudades ideales. Ellas estaban en la Ciudad del Sol de Tomasso Campanella, en la utopía de Tomás Moro y en la propia utopía de Marx. Tomás Moro, parte de la crítica radical de la sociedad inglesa de su tiempo, sosteniendo que la propiedad individual era la fuente de la división entre ricos y pobres. Semejante opinión tenía Rousseau en el "Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres", que es un texto fundamental en los siglos XVIII-XIX.

El marxismo es un filosofía que refleja fielmente su época y por tanto, como hemos dicho, es racionalista, coherente, en tanto busca dar una explicación sea a los problemas de la historia que del pensamiento humano y es, a la vez, predictiva, es decir actúa en función de grandes predicciones sobre el desarrollo social.

Esto, obviamente, determina el alto grado de predictividad del comunismo y por ende la contradicción latente entre ciencia y especulación.

Marx concibe la historia universal como una sucesión de modos de producción, los cuales se disponen en escala por lo cual el elemento decisivo del progreso es el desarrollo de las fuerzas productivas. Por tanto, es necesario subrayar - y este dato no siempre ha sido puesto de relieve en la vasta escolástica marxista - que Marx utiliza la teoría de la revolución social como el elemento desencadenante del desarrollo acumulativo de la fuerzas productivas. Así lo señala claramente en La Ideología alemana: "Si la revolución aparece como fuerza motriz de la historia es únicamente en cuanto auxiliar del progreso económico, a título de partera de las nuevas formas de organización económicas creadas en el interior de la vieja sociedad". En el Prefacio a la Crítica de la Economía Política, Marx es aún más explícito "ninguna sociedad desaparece antes de haber realizado y agotado la totalidad de sus capacidades productivas".

Es decir, Marx sustituye la filosofía Hegeliana de la historia como "progreso de la conciencia de la libertad", por lo que él llama "ciencia positiva de la liberación de las clases explotadas" mediante el desarrollo continuo de las fuerzas productivas. En la Teoría Sociológica de Marx, por tanto, la historia está dominada por el principio de la continuidad y, por ende, la humanidad sólo puede enfrentar con éxito aquellos problemas que las condiciones materiales hacen posibles y solubles. En definitiva, la historia marcha en función de incrementos acumulativos y las rupturas son sólo momentos excepcionales, sólo cuando maduran las condiciones objetivas.

Esta visión de la historia, sobre la cual se construye el socialismo marxista, se inspira en la filosofía del progreso dialéctico de la especie humana, que es fuertemente determinista, y en una interpretación de los estadios del desarrollo de la historia según categorías económicas y no según categorías políticas. Marx, no estudia una filosofía política propiamente tal, y no se ocupa tampoco, de la historia de las instituciones. El marxismo, para muchos, ha sido mucho más que una ideología y una filosofía, ha sido credo existencial y religioso. En Marx, la libertad de los modernos era una superestructura de la cual ocasionalmente se podía prescindir en función del objetivo del poder y del socialismo económico. Hay que decir claramente que Marx se propuso no sólo trascender el capitalismo, sino también la sociedad.

Este determinismo se debe, en buena parte, al hecho de que Marx traslada, la historización del conocimiento ontológico, la teoría del ser, a la historia y con ello subordina, también en ésta, los fenómenos superestructurales y espirituales.

Gramsci, colocaba de relieve en sus "Cuadernos de la

Cárcel", como el "elemento determinista, fatalista, mecanicista haya sido un aroma inmediato de la filosofía de la praxis, una forma de religión y de excitante. Cuando no se tiene la iniciativa en la batalla política se termina con identificarse con una serie de derrotas, y el determinismo mecánico se transforma en una fuerza formidable de resistencia moral, de cohesión, de perseverancia paciente y obstinada. Yo estoy derrotado momentáneamente, pero la fuerza de las cosas trabajan para mí en el largo trecho. La voluntad real se transforma en un acto de fe, en una obligatoria racionalidad de la historia, en una forma empírica y primitiva del finalismo apasionado que aparece como un sustituto a la predestinación de la providencia de las religiones confesionales".

TESIS DE MARX ENTRE DETERMINISMO Y FILOSOFÍA INELUCTABLE DEL PROGRESO

Lo efectivo es que las principales tesis de Marx y sus previsiones han entrado en una profunda crisis:

- 1) Para Marx el conflicto entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, que se transforman en un obstáculo para la expansión de las primeras, es la médula de la maduración de las condiciones objetivas para el paso de una sociedad a otra y, en particular, del capitalismo al socialismo. Marx no prevee el dinamismo que, en el capitalismo, adquieren las relaciones de producción, las que han demostrado saber adecuarse a la expansión de la ciencia y del desarrollo tecnológico desde la primera a la cuarta gran revolución industrial, que hoy incorpora la informática, la cibernética y el láser.

Marx estimó que ya a la fecha del Manifiesto Comunis-

ta - y ésta podríamos calificarla como la gran ilusión del 48 -estaban dadas las condiciones objetivas del desarrollo del capitalismo. Pero la verdad es que cuando Marx y Engels escribían la necrología del capitalismo, éste estaba aún en sus inicios. El gran desarrollo productivo al cual se refiere Marx en el Manifiesto Comunista y en El Capital, son las máquinas a vapor, las hilanderías del Manchester, el ferrocarril, las máquinas que podían moldear y cortar el hierro en bruto. El carbón, el hierro, y los ferrocarriles eran los grandes índices de industrialización de aquellos decenios. Ni el acero, ni la electricidad, que eran los dos principales agentes de la segunda revolución industrial, figuraban aún en el balance de Marx. A la fecha de la muerte de Marx, la producción de acero no llegaba en Inglaterra, Francia, Alemania y EE.UU., juntos, a medio millón de toneladas. En 1910 ya se producían 53 millones de toneladas y nos encontrábamos aún, en la infancia de la industrialización y del mercado mundial.

Medio siglo después del Manifiesto Comunista, Engels diría: "La historia ha demostrado nuestra equivocación y la de todos aquellos que pensaron de manera análoga. Ha demostrado, claramente, que el estado del desarrollo económico en el continente se hallaba muy lejos todavía de estar maduro para la suspensión de la producción capitalista"

Por tanto, la primera conclusión de Marx y Engels sobre la maduración de las condiciones objetivas y la crisis ineluctable del capitalismo resultó precipitada e irreal, e incluso, inexacta en la lógica del propio marxismo dado que la formación de las condiciones objetivas -Prefacio a la Crítica de la Economía Política- adviene sólo cuando se han agotado la "totalidad" de las capacidades pro-

ductivas y ésto está en abierta contradicción con la tesis del estancamiento de la economía precapitalista y capitalista. En efecto, ninguna de las revoluciones que Marx conoció se produjo como consecuencia de la superabundancia de las fuerzas productivas que se habían acumulado y, por ende, por el conflicto entre fuerzas productivas y relaciones de producción.

A 150 años del Manifiesto Comunista resulta absolutamente evidente la improponibilidad de esta tesis cardinal de Carlos Marx.

- 2) Marx tiene una visión bipolar de la estructura de los grupos humanos en la sociedad. En el Manifiesto Comunista señala "la historia de las sociedades que han existido es la historia de la lucha de clases. Amos y esclavos, señores y siervos, patricios y plebeyos, maestros y agremiados, capitalistas y proletarios..." Hay que decir, en primer lugar, que patricios y plebeyos no eran clases correlativas en el sentido marxista del término y que la propia burguesía es una clase nueva, no ligada al modo de producción feudal y, por tanto, quien hace la Revolución Francesa no es la clase ligada a la producción anterior, ni tampoco ésta proviene de la clase dominada del feudalismo. Marx señala que "el feudalismo tenía también su proletariado, la servidumbre, que contenía todos los gérmenes de la burguesía". Es claro que más que de dos clases opuestas se trata de dos sociedades distintas que se constituyeron, al mismo tiempo, en la anarquía del siglo IX y avanzaron juntas hasta 1789. Es errado señalar que la servidumbre contiene los gérmenes de la burguesía. El oficio independiente, desde donde proviene efectivamente la burguesía, se desarrolló fuera de los marcos de la economía patrimonial. Ya en la era de Bizancio el emperador romano Lecopeno reivindica la necesidad de mantener la propiedad indi-

vidual de los pequeños productores contra las acciones concentradoras de la "clase fundamental", es decir de los señores feudales.

- 3) La tesis de Marx de la consecuencial proletarización creciente de la sociedad se ha demostrado inexacta. Marx establece una correlación entre el rol revolucionario del proletariado y el rol innovativo de las fuerzas productivas y en virtud de ella le concede al proletariado una palingenética misión histórica universal.

Marx no tuvo suficientemente en cuenta las clases medias y el impacto que éstas tendrían, desde el punto de vista económico, social y político, en el creciente desarrollo de las fuerzas productivas y del mercado capitalista. Contrariamente a lo planteado por Marx, la tendencia es a la disminución numérica del proletariado, pero también a la reducción de su rol en la producción y en la formación global de la riqueza. El actual modelo provoca dispersión de los pobres, los cuales no se proletarizan en un sentido industrial no adquieren, ni la conciencia de clase, ni la psicología que Marx le atribuyó a este fenómeno.

La pauperización no es sinónimo de proletarización. Resulta evidente, entonces, que la relativización moderna del número y del rol del proletariado no puede no afectar a una teoría construida esencialmente sobre la base de la extensión y de la capacidad liberadora del proletariado. El marxismo se autoconsideró la conciencia madura y la ciencia de la clase trabajadora industrial, pero el proletariado que Marx describió en el siglo pasado, en las actuales sociedades del capitalismo desarrollado, -supuestamente para las cuales Marx escribió su teoría - ya no existen: fuerza social cohesionada, alienada, sujeta a todo tipo de privaciones, interesada

sólo en abolir radicalmente las relaciones económicas y sociales existentes, poseedora nada más que de sus cadenas.

- 4) Hay que tener presente, además, que la tasa de ganancia no se produce sólo a través de la plusvalía. Ha cambiado la base de su teoría económica que Marx asimiló de la escuela clásica de Adam Smith y de David Ricardo, es decir, la teoría de la plusvalía como índice exponencial del grado de explotación de la clase obrera. Si desaparece el trabajo, en el sentido manchesteriano tradicional, seguirá existiendo el valor añadido, pero esto no es lo mismo que la plusvalía. En la era de la informatización y de la robótica, el rol de la inteligencia es crucial en la formación de la riqueza. Marx lo previó en el "Grundrisse", como hipótesis, pero finalmente, en su elaboración global, hizo la opción del modelo económico capitalista concurrencial que se le presentaba en su realidad. Podemos decir que uno de los mayores límites de la visión social de Marx es que define su esquema puramente en el ámbito del industrialismo. No reconoce un espacio fundamental en la sociedad, y no avisa los nuevos sujetos claves para un proyecto de cambio.
- 5) De todo ello, se desprende, que hay, al menos dos tesis fundamentales del marxismo que han entrado en desuso: la lucha de clases -señalaba Marx en su famosa carta a Waidermayer - conduce inevitablemente a la dictadura del proletariado.

Esto es una aberración, no ocurrió en ninguno de los países capitalistas de la Europa Central previstos por Marx y donde se consumó en virtud de las "revoluciones" impuestas por la URSS se transformaron en totalitarismo. Marx afirma que " la dictadura del proletaria-

do conduce a la desaparición del Estado y de las clases, al mundo de la asociación de los productores y de la autoregulación". La experiencia de los socialismos reales es, en cambio, la globalización del estatismo y el surgimiento de una "clase" singular, no prevista por Marx: la burocracia.

La desaparición del Estado es, naturalmente, una gran utopía que denota, sobre todo, la enorme falencia en los clásicos del marxismo de una teoría del Estado, de las instituciones y del derecho. Podemos decir, que la ficción de la emancipación humana del proletariado que emancipaba a todos, se adjudicó en la práctica, la prerrogativa de despojar a otros grupos humanos de sus derechos civiles y políticos.

No podemos soslayar que toda la elaboración de Marx está hecha en el período de la Europa predemocrática, donde aún no se establecía el sufragio universal. Marx y, sobre todo, Engels que le sobrevivió, introdujeron correcciones importantes en el último período valorando el ejercicio de la democracia electoral, y la búsqueda de mayorías políticas, sobrepasando la visión de la época del Manifiesto Comunista. Sin embargo, lo que ha prevalecido es la parte más radical de su elaboración y debemos constatar que la teoría de la revolución de Marx, que comprende el asalto al poder y el conjunto de su programa político, es hoy, obviamente, irrealizable.

Prevaleció la idea de Marx de que sólo el comunismo representaba la verdadera y única democracia, de lo cual se desprendía un profundo desapego por las instituciones y por toda la formalidad derivada de la mejor tradición del liberalismo democrático. De aquí proviene el pecado original de la desafección, en la tradición de la

izquierda, por la democracia formal y en definitiva por las libertades, concebidas sólo como de parte.

- 6) A todo ello hay que agregar que otros de los grandes límites del marxismo es el determinismo del macroconflicto ser-espíritu, en la historia: es decir, ausencia de una concepción autónoma de una superestructura y, en particular, de la sociedad civil y de la sociedad política, más allá del dato económico fundamental y de la simple representación de los intereses de clases. Para Marx, el centro de su visión científica de la sociedad consiste en demostrar que religión, cultura lenguaje, ley, arte y Estado son apariencias de la realidad verdadera que es el modo de producción. Por ello, cambios en las apariencias, derivan de cambios en la realidad.

El problema surge, cuando Marx insiste que las cosas develadas son la única verdad y la última realidad y lo demás es secundario, tesis que oculta el valor dialéctico del proceso de develación y no comprende, tampoco, dialécticamente la relación entre estructura económica y superestructura.

Por ejemplo, para Marx el propio fenómeno religioso, en tanto cuerpo de creencias, son demandas de valor de verdad, es una apariencia falsa, pero funcionalmente necesarios para otra cosa: anhelos, necesidades y deseos que inevitablemente surgen en ciertas circunstancias económicas. Sin embargo, la religión ha pasado por cuatro modos de producción y en los países donde se instaló la base económica socialista la religión siguió siendo un fenómeno de masas, pese a la ausencia de libertad religiosa y al adoctrinamiento marxista-leninista.

El propio antiindividualismo de Marx, condujo a reducir a las personas a masas anónimas, al reconocimiento sólo del "hommus-economicus" y de los derechos individuales exclusivamente en el ámbito de los derechos de clases.

La antinomia fundamental del marxismo está dada, entonces, por el hecho de que el pensamiento de Marx es clave en la instalación de los derechos de tercera generación y el rol del propio movimiento socialista, que en él se inspiró, es uno de los componentes decisivos de la modernidad. Sin embargo, Marx deja fuera de su proyecto de sociedad los dos aspectos fundamentales constitutivos de la modernidad: el mercado y la democracia. La tesis de la expropiación de los expropiadores, la liquidación de la propiedad privada y la negación del mercado en el socialismo llevó al estatismo extremo, a la planificación total, a un gran monopolio burocrático. A Marx, le preocupaba la anarquía del mercado libre, expresada en las crisis cíclicas de sobreproducción que estimaba que el capitalismo no estaba en condiciones de resolver y, por ello, pensó que la liquidación de la propiedad privada de los medios de producción y de las mercancías era la solución, y transformó el mercado en algo privativo del capitalismo. La experiencia nos indica que el estatismo y la planificación integral de la economía lleva ineluctablemente, al totalitarismo. Esta es, seguramente, la causa de fondo de la caída de los socialismos reales.

En síntesis, el talón de Aquiles de Marx está determinado por sus dos grandes predicciones que se han demostrado como inexactas: la pauperización progresiva y creciente del proletariado y la descomposición interna del capitalismo arrastrado por la masa de sus insuperables contradicciones.

El marxismo, aún en el marco de sus límites históricos, epocales y de su reductivismo cultural, es incancelable, en cuanto, es parte incorporada a las categorías del pensamiento moderno. Como bien lo señala George Labica, una gran parte del sentido común de la cultura, del modo de percibir los fenómenos sociales y la historia de todos, está basada en su uso. Esto implica que en cuanto a Marx -yo coincido con esta tesis- hay que tener la misma consideración política y filosófica que un científico tiene por Newton: no se puede caminar hacia una nueva izquierda y construir nuevas identidades genéticas de la idea socialista sin tener en cuenta, en especial, la metodología crítica y analítica de Marx. Pero, es absolutamente imposible construir lo nuevo solo con Marx y a partir de Marx.

EL LENINISMO. REVOLUCIÓN COPÉRNICA DEL MARXISMO

En el derrumbe de los socialismos reales y en la crisis de identidad de la izquierda marxista, y en particular, de la comunista, juega un rol relevante la adscripción directa o indirecta, al leninismo. El marxismo es una teoría de la interpretación económica y social del capitalismo desarrollado. Es una visión eurocéntrica, ya que Marx pensó y previó la revolución en los países de Europa Central, y a partir del desarrollo de ellos concibió la posibilidad de una revolución mundial. Incluso, Marx pensaba que el colonialismo de las grandes potencias desarrolladas era positivo pues traería civilización en la periferia y acercaría a estos territorios al nivel del desarrollo objetivo requerido para la transformación.

El leninismo representa, efectivamente, una verdadera revolución copernicana del marxismo. Se apoya en el programa político de Marx de los años 50, que el propio Marx y Engels superan posteriormente, y no en la globalidad del

pensamiento de Marx. Absolutiza lo que sirve de Marx para realizar, lo que Gramsci llamó una "revolución contra El Capital", contra las tesis principales de Marx. En Lenin, la política domina la economía, da vueltas el axioma marxista. Marx es racionalista y positivista. Lenin es eminentemente subjetivista. Lenin reemplaza al proletariado de Marx por el partido de los revolucionarios profesionales. Este es un cambio sustantivo y uno de los orígenes más relevantes del socialismo autoritario. La dictadura del proletariado es, en Lenin, la dictadura de partido: "el partido corrige, designa, dirige, a partir de un criterio único"

Podemos afirmar que los marxistas rusos, desde Plejanov en adelante, y particularmente en Lenin, se exagera el mesianismo de Marx. Plejanov decía que "ante el proletariado revolucionario, ninguna de las clases cuenta en la historia universal, sino en la medida en que favorece o impide el movimiento del proletariado". Es decir, aquí hay algo siempre presente en el alma rusa: "Dea Roma" resucitaba confundida con el pueblo elegido bajo los rasgos de la última clase.

Marx colocó el acento en el movimiento social, no formó parte, ni tuvo espíritu de partido y rechazó enérgicamente, ridiculizándolas, la idea de las élites o de las vanguardias iluminadas. Los comunistas, de que habla en el Manifiesto Comunista, no constituyen una organización política única: "no forman un partido distinto ante los demás partidos obreros, no tienen intereses distintos de aquellos del proletariado en general, no proclaman principios particulares según los cuales quisieran modelar el movimiento del proletariado". La Comuna de París, que Marx aplaude, era pluralista y en ella los marxistas eran absolutamente minoritarios.

Cuando Chernichevsky -en el cual se inspira Lenin- leyó

en Siberia, La Contribución a la Economía Política de Marx, dijo "es una revolución con agua de rosas". Chernichevsky, Bakunin, Nechayev, Tkachev darán a la organización militar que reclamaba Blánski, el significado de un orden religioso y preparan el camino a los revolucionarios profesionales de Lenin. En la concepción leninista, que nace justamente del extremismo revolucionario ruso, los revolucionarios profesionales sustituyen a los "funcionarios hegelianos", y se reservan el monopolio de la "ciencia proletaria".

Si para Marx la dictadura del proletariado fue una formulación relativa, destinada a ser confirmada por la historia, y Engels acompaña a la social democracia alemana en su camino más democrático, para Lenin la dictadura del proletariado era una línea permanente en el enfrentamiento universal al capitalismo. Para Lenin, la revolución en oriente debía arrastrar al occidente. De allí su teoría del imperialismo y de la clase obrera externa e interna: "el enfrentamiento es planetario, entre el occidente imperialista y contrarrevolucionario y el oriente revolucionario y nacionalista".

De allí deriva sea la idea de un movimiento comunista internacional monolítico, la premisa del enfrentamiento de clases que de la esfera nacional se traslada mecánicamente a la internacional y dibuja un mundo de obligadas apartenencias a bloques ideológicos y políticos dependientes de un centro. El leninismo es eminentemente jacobino y babuvista, contrariamente a Marx que rechazó drásticamente esta idea de revolución. La teoría leninista de la revolución es violenta y minoritaria, contrariamente a la concepción mayoritaria que se desarrolla, particularmente, en el Marx último.

El leninismo se apoya en la cultura rusa más de cuanto

se ha dicho. El propio Lenin reclamaba de los revolucionarios, en el periódico *Iskra*, "la formación de hombres que no dediquen sus tardes libres a la revolución, sino toda su vida". Se apoya en Chernichevski, en Nechaiev- a quien el propio Bakunin calificó de necio extremista- y es en el famoso Catecismo de Nechaiev donde encontramos una base de la formación del partido leninista y del espíritu religioso que envolvió permanentemente la experiencia bolchevique: "el revolucionario es un hombre dedicado. No tiene intereses personales, ni asuntos, ni sentimientos, ni ligazones, ni propiedad, ni tampoco un nombre. Ha roto todo vínculo con el orden civil y con lo que se llama el orden civilizado, con las leyes, con las conveniencias, con la moralidad. Es su enemigo implacable, y si continúa viviendo en este mundo es sólo para destruirlo con mayor seguridad. Todos los sentimientos de afectos, los sentimientos reblandecientes de parentescos, de amistad, de amor, debe ahogarlos en la pasión única de la obra revolucionaria, convertida en el hábito de cada día y de cada instante. Cualquier obligación de afecto o de otra índole hacia un compañero no se mide más que por su grado de utilidad en la obra práctica de la revolución proletaria..."

Lenin crea una verdadera tecnología de la revolución que comprende conceptos extremadamente utilizados en el lenguaje de la izquierda más tradicional: enemigo principal, golpe principal, aliados transitorios, etc. El leninismo es antidemocrático ya que niega todas las premisas de la organización de la democracia que ya, en su tiempo, se habían extendido en diversos países de occidente. Lenin intenta justificar en la excepcionalidad de la revolución rusa el hecho de que los revolucionarios estén obligados a hacer uso del terror, a desarrollar el aparato burocrático y a despojar a la sociedad de la libertad. Es probable que todo esto, él lo pensara en términos transitorios, en los hechos, sin embargo, esta concepción es la que prevaleció en la instalación de

los socialismos de este y es el punto de partida del estado de terror creado por Stalin. El leninismo no es el stalinismo, pero la institucionalización de las dos figuras leninistas para llevar adelante la guerra de clases crea las premisas para el desarrollo de una concepción militar-religiosa de la política que contaminó profundamente al comunismo mundial.

El socialismo, en el cual había pensado Marx, muere ya en los tiempos de Stalin y la propia Revolución de Octubre modificó drásticamente los connotados de la transición pensada por Marx y Engels.

Después de 70 años de socialismo real, al momento de su derrumbe, no hay nada que pueda ser rescatado para una política democrática y moderna de la izquierda. Son definitivamente inaceptables los pilares de la clasificación de los regímenes socialistas: la propiedad socializada-estatal y el régimen de dictadura del proletariado.

Una parte fundamental de la izquierda, estuvo por decenios, aislada en la peor herencia teórica marxista, en una concepción autoreferente, ajena a lo que se producía culturalmente a su alrededor, en una epistemología autoritaria y en un gran dogmatismo moral.

IZQUIERDA: CRISIS DE PARADIGMAS. DE INSTRUMENTOS Y DE CONTEXTO SOCIAL

La izquierda está afectada no sólo por la desaparición del comunismo histórico, sino, también, por el debilitamiento del mensaje del Welfare y de la sociedad del bienestar. Hay, también, una causa estructural de fondo que golpear la izquierda: la pérdida de protagonismo de la cuestión social en los términos planteados clásicamente por la cultura socialista.

Todas las ideologías que han marcado nuestra época y que hoy están en crisis resienten del hecho de haber adquirido forma y sustancia en los siglos XVIII y XIX, es decir, antes que el mundo que hoy vivimos se hubiera expresado en toda su plenitud.

Hay, por tanto, que reconstruir las señas de identidad de la cultura socialista y de izquierda, teniendo presente el cambio radical de escenario, que es necesario asumir, y la necesidad de incorporar, en plenitud, los elementos constitutivos de la modernidad, para ser parte de ella y darle una conducción democrática y progresista.

Una tarea fundamental de la izquierda y de la cultura socialista es demostrar su capacidad para responder al desafío de una reorientación ético-política y proyectual de la modernidad, convirtiendo las ideas socialistas y sus valores en un nuevo gobierno de la modernidad capaz de una más plena democracia nacional y planetaria, que se haga cargo de las contradicciones que genera un modelo dominante neoliberal que crea riquezas, pero es incapaz de expresar una filosofía pública de la economía, una política distributiva adecuada.

De igual modo hay que tener presente, en la reconstitución de la identidad de la izquierda, de que al morir una concepción militarizada de la política, inspirada en la idea del enemigo y de supresión como sujeto portante de derechos, todo un modo de pensar la política se transforma en obsoleto y con ello, también, las definiciones políticas.

Las pautas interpretativas, elaboradas en este siglo, son ya insuficientes para explicar los fenómenos de hoy. La crisis de paradigmas es más extendida que la crisis de las certezas propias del marxismo.

Frente a la crisis de paradigmas lo que se impone es hacer uso de la "cultura de la complejidad" que significa asumir los fenómenos de hoy como éstos son y darle respuestas nuevas. Implica rechazar la percepción de los fenómenos como si estos fueran ineluctables, lineales. Rechazar esquemas prefijados y reduccionistas. El mundo de las visiones mecanicistas, y el del propio Kant, en cuanto mundo ordenado, ha quedado atrás. Era, ciertamente, más fácil prever el mundo en una economía simplificada, con relaciones de clases bipolares. Era más fácil gestionar las relaciones entre las diversas partes del mundo cuando los modelos sociales eran sólo dos, uno, al oeste, capitalista; otro al este, socialista. La antítesis capitalismo-comunismo no sólo alineaba las posiciones políticas, sino que manipulaba las circunstancias hasta convertirlas en categorías definitivas. La guerra fría y esta contraposición no sólo militarizaron las industrias, sino que además militarizaron la política y el pensamiento.

LA IZQUIERDA EN LA MODERNIDAD

Estar en la modernidad significa asumir plenamente sus características fundamentales: la acción efectiva, la democracia, la ciudadanía, la institucionalización de la mutación, la secularización cultural, la autonomía de las instituciones, los rasgos de sociabilidad de masas, la autonomía de los subsistemas, la racionalización. Si la sociedad tradicional, "ortogénica", tiene como ideal evitar cualquier cambio que se considere peligroso para el equilibrio conseguido y si los cambios aparecen adscritos sólo a la tradición; la sociedad moderna, en cambio, considera a la mutación como un valor que hay que buscar de manera sistemática en todos los campos.

La modernidad está dominada por el afán de lo nuevo y por lo distinto, es una cultura "filoneísta" en la misma medida en que la cultura tradicional es "misoneísta". La mo-

derinidad supone colocar en discusión crítica e incluso de rechazo y superación de los valores y esquemas que en un momento aparecieron como determinantes. La sociedad moderna es secular, lo cual no significa que sea una sociedad areligiosa o antireligiosa. Es una sociedad en la que muchas y amplias esferas de la acción y del pensamiento son autónomas con respecto a las instituciones y a los imperativos religiosos, y lo son, en la medida, que lo que caracteriza el proceso de modernización es el desencanto respecto de lo establecido y, por tanto, el desarrollo de una cultura laica.

Se disminuye el poder de lo sacro y las prácticas sociales comienzan a regularse a sí mismas por sus propias condiciones específicas. Es aquí donde se inserta, como un fenómeno objetivo, la revolución capitalista y la expansión del mercado. Justamente las condiciones que hacen posible el nacimiento, la consolidación, el desarrollo de la sociedad moderna, son la autonomización de la sociedad civil de todo lo sacral y el mercado.

Asumir plenamente este desafío significa, en gran parte, asumirse la responsabilidad intelectual y práctica, de reinventar, para la política, formas todavía más amplias e incisivas de gobierno democrático. Implica tener presente que el individuo, el ciudadano son categorías que deben entrar a determinar la cosa pública.

Si lo típico de la modernidad es la sociedad democrática y ella se constituye como una sociedad en que el poder, el derecho el conocimiento quedan expuestos a una indeterminación radical - ya que ha terminado el poder encarnado en la persona del príncipe y la autoridad trascendental y, por tanto, la existencia de una garantía final- lo que prima es la voluntad soberana de los ciudadanos, la dignidad del individuo, la afirmación de los derechos, de las nuevas libertades y oportunidades para todos que son típicas del desarrollo de la actual civilización.

Ciertamente democracia significa cautelar los principios de la electividad y de la representatividad, es decir, asumir en plenitud la contribución jurídico forma que el liberalismo ha dado a la democracia. Sin embargo, hoy es limitado representar a la democracia simplemente con la ley del número, es restrictivo otorgar a los ciudadanos sólo la capacidad de decidir sobre quienes en definitiva tomarán las decisiones. Esto implica que los electores no deciden sobre los problemas y los temas y es justamente éste un paso obligado de la nueva extensión de la democracia y de los derechos políticos. Hay que reconocer a la voluntad popular, de manera permanente, su rol fundacional. De lo contrario se debilita el espesor conceptual de la política, se erosionan los valores de la democracia, se evaporan los contenidos de las propias instituciones y se desmotiva a la gente que se siente, simplemente, instrumento de una política que se transforma en una competición de elites que concurren, cerradamente, entre ellos, para acapararse cuotas de poder en el mercado electoral.

Una de las tareas decisivas de la nueva izquierda es, justamente, incidir en la profundización y extensión de este rasgo típico de la modernidad, creando una verdadera estrategia del ciudadano con capacidad de control sobre todas las esferas de la sociedad, con una relación transparente con el ejercicio de las funciones en las instituciones. Democracia extendida y participativa, estrategia de los ciudadanos, como condición para afirmar un verdadero estado de derecho, pero, a la vez, para crear un "estado de los derechos" cuya función principal sea justamente la de garantizar, en plenitud, un amplio mapa de nuevos y antiguos derechos y libertades.

UNA IZQUIERDA DE RECTIFICACIÓN Y DE CAMBIO

Si la izquierda ha superado definitivamente su dualis-

mo y la idea de los tiempos distintos, y ya no hay dos momentos separados: el de la democracia y el del socialismo; si tampoco existe la democracia simplemente como vía al socialismo, sino, más bien, el socialismo como vía hacia una plena democracia, entonces, es necesario que la izquierda sea, en sí misma, una izquierda de derechos capaz de integrar los derechos de primera generación (ligados a la idea liberal: derechos civiles, libertad de religión, de opinión, de reunión, de asociación), de segunda generación (que son los derechos políticos), de tercera generación (que son los derechos sociales que de manera determinante Marx contribuyó a instalar) y los de cuarta generación que son aquellos que surgen en la época planetaria y que están ligados a los grandes temas del ambiente, de la paz, de la calidad de vida, de la diversidad sexual, de la eliminación de las discriminaciones, del pleno respeto al pluralismo y a la tolerancia en la vida cotidiana. Todos ellos deben ser integrados para potenciar un proyecto de cambios dentro de la modernidad.

Esto comporta que la izquierda hace suya las teorías de la rectificación y de la superación, lo cual significa una visión de progreso, una estructura global de conquistas acumulativas para mejorar la vida. Ello implica que la práctica de la crítica social no es sólo industrialista, sino universalista, es decir se extiende de las desigualdades sociales, a las de raza, a las de género y, a las más globales en el plano planetario. Implica, también, que grandes principios del liberalismo democrático deben ser puestos en una relación de complementación con los valores e ideales socialistas en un proyecto conjunto, que una libertad e igualdad de oportunidades, libertades personales y tolerancia hacia la diversidad, empeño de reciprocidad y de modos de vidas solidarios, y la firme comprensión de que existiendo la sociedad, por sobre el mercado, la política pública es insustituible y deben intervenir, permanentemente, para rectificar las injusticias y cautelar los intereses colectivos.

Una izquierda en democracia debe trabajar por el traspaso creciente de cuotas de poder de la sociedad política a la sociedad civil, al ejercicio directo de los ciudadanos. Es decir, la izquierda no sólo debe contribuir a consolidar un amplio Estado de Derecho democrático, sino, también, contribuir a crear "un Estado de los Derechos" que es algo distinto y que implica una nueva relación entre el poder constituido democráticamente y la apropiación y ejercicio de la democracia por parte de la sociedad civil. Sólo en esta forma la política deja de ser una técnica altamente especializada, el oficio de la tecnocracia y los políticos de profesión.

En el plano social, la izquierda debe entender la naturaleza de los nuevos antagonismos, superando la nostalgia a la adhesión a la imagen de un sujeto unitario como fuente de identidad de sus acciones y de su poder en la sociedad.

Es evidente que si se quiere aprender la multiplicidad de relaciones de subordinación que afectan a los individuos de la sociedad moderna no se puede considerar a los agentes sociales como entidades homogéneas y unificadas.

Lo que caracteriza la lucha de los que son o serán los nuevos movimientos sociales es justamente la multiplicidad de las posiciones-sujeto-movimiento y de lo que se trata es de descubrir los nexos de esta multiplicidad para lograr politizar el curso de éste. Como bien enuncia Mouffe para pensar la política hoy, para entender la naturaleza de las nuevas luchas y la diversidad de las relaciones sociales que la transformación democrática aún no abarca -pero que debe abarcar para constituirse en la centralidad civilizadora- hay que desarrollar una teoría del sujeto, en cuanto agente descentrado y destatalizado y cuyos vínculos múltiples no se dan apriorísticamente o automáticamente, sino cuya articulación es fruto y resultado de una nueva hegemonía cultural y política.

Al agotarse el concepto de revolución -no se destruye la democracia para crear otra sociedad - la visión de un hombre de izquierda, no sólo admite, sino que requiere, de las revoluciones parciales, de las grandes reformas. Como diría Habermas: "de colocar las ideas socialistas en el terreno de una autonomía radical y reformista de una sociedad capitalista, en la forma de una democracia de masas". La izquierda, entonces, tiene sentido sólo si mantiene abiertas las puertas del cambio sin enclavarse en la contemplación y en la administración del presente.

IZQUIERDA CIUDADANA Y DE DERECHOS

Pero no basta. La izquierda debe entrar en el tema de la subjetividad, del individuo, de su bienestar, de sus motivaciones, temas que están identificados con el espíritu de la modernidad y respecto de los cuales la izquierda marxista observa un profundo vacío de elaboración y sensibilidad. La cultura de la izquierda no ha resuelto aún la contradicción entre la disolución de los vínculos comunitarios, que derivan de la sociedad industrial clásica, y la reivindicación de los derechos ciudadanos.

La izquierda debe contener en su proyecto de derechos y libertades, los proyectos personales, las elecciones individuales; en definitiva, debe apropiarse y realizar, coherentemente, las libertades positivas, es decir, la libertad de perseguir los propios planes de vida como parte de la nueva estrategia de los ciudadanos que está en la base de la reconstrucción de un Estado democrático y social.

Esto, porque vivimos en una época y en una sociedad cuya tendencia ineluctable es a un cambio del tipo de sociabilidad respecto del pasado. La solidaridad debe contemplar, si quiere reunir universalidad, la individualidad y el individualismo, y no repudiarlos.

Esto comporta colocar al individuo no sólo en su bienestar económico, sino también en su bienestar psicológico, ambiental y en su perspectiva personal de vida en la aldea global. Esto es posible, ya que al reubicar el concepto de solidaridad más allá de los marcos del clasismo, éste se sitúa en el plano de una ética de la responsabilidad, para lo cual requiere de la voluntad de muchos individuos autónomos.

Las posibilidades de la política moderna son, por tanto, superiores a los esquemas de la lectura de nuestras culturas fundacionales, sean ellas derivadas del liberalismo que del marxismo. Esto hace que la nueva revolución democrática es capaz de superar aquella parte de sus propios preceptos que se constituyen en un obstáculo para la formación de un nuevo concepto de democracia.

Ser parte de una nueva radicalidad democrática, exige reconocer la diferencia, lo particular, lo múltiple, lo heterogéneo, que hasta ahora ha sido excluido y relegado por la cultura conservadora y tradicionalista de la homologación. Hoy, en una nueva articulación de lo universal y lo particular, son múltiples, también, las formas de racionalidad. Una forma superior de racionalidad es para la izquierda superar definitivamente la razón de la fuerza por una estrategia de la no violencia, de la argumentación, de la fundamentación, de la búsqueda permanente del consenso, ligada a una hegemonía ética y cultural.

Si el neoliberalismo y el neoconservadurismo, separan libertad de democracia y dan al concepto de libertad sólo una connotación mercantil en la economía, la izquierda y el progresismo deben afirmar los derechos de cuarta generación, articulando diversas luchas y sujetos en una concepción filosófica de verdadera "equivalencia democrática" y de igualdad de oportunidades.

Todo ello implica que concebimos la democracia no como un diseño cumplido, no como un instituto solidificado al cual hay que preservar acríticamente, sino como un movimiento, un proceso que debe ser enriquecido de manera permanente y cuyo paquete de valores no ha agotado sus enormes potencialidades. Las razones de la democracia son, en la modernidad, superiores a cualquiera otra, y, por tanto, no pueden ser sacrificadas para dejar espacio a las solas razones del mercado y de las ganancias empresariales. Garantizar la propiedad privada -cautelando formas de propiedad mixta y estatal - no puede significar poner en cuestión de que es la democracia el derecho esencial en torno al cual hay que organizar los diversos repartos de la vida colectiva.

Relanzar a la izquierda y a la cultura socialista, significa superar la falsa alternativa entre la fuga utópica a la Ciudad del Sol y el repliegue escéptico y pragmático de la compatibilidad del presente eterno. Hoy el socialismo no puede ser colocado en el itinerario de la construcción de otro sistema, de manera apriorística y genérica.

La presencia de la izquierda debe tomar cuerpo en la crítica del presente y en las reformas que amplifican ya hoy la vocación orgánica de la democracia al control de todos los poderes que habitan en la sociedad pluralista. Esto implica renunciar definitivamente a la idea de revolución, a la estrategia completamente fuera de la democracia y, por ende, autoritaria, *de la toma del poder*. Significa operar y dar solución a la aparente contradicción entre gestión y cambio, entre gobernabilidad y movilización social, entre administración e innovación. Significa connotar la libertad política moderna como participación ciudadana, pluralización y socialización de las esferas del poder.

UNA ALTERNATIVA DEMOCRÁTICA Y DE MERCADO AL NEOLIBERALISMO

Para la izquierda es obligatorio reconstruir su crítica al capitalismo industrial y postindustrial. Se debe partir de la base de que el capitalismo, al colocar su desarrollo en una economía de mercado competitiva, genera desigualdades profundas de acuerdo a la posición que la gente tiene frente a la generación y apropiación de la renta y de la riqueza. Que hay crecientes procesos de concentración oligopólicos, dirigidos desde el gran mercado mundial, que no lo hacen operar libremente.

No es cierto que el mercado actúe completamente libre. Los oligopolios a nivel mundial, que minimizan el rol del Estado, regulan, sin embargo, a partir de sus intereses, el propio mercado. Que hay límites ambientales para la expansión de la producción y que es necesario un desarrollo sostenible de la economía. Es el desarrollo de la propia potencialidad del capitalismo, ejercida de manera salvaje, la que establece límites. El flujo de la producción se ha tornado tan grande, en su expansión exponencial, que representa una cuota no desdeñable del stock de los recursos naturales. Esto implica agotamiento, destrucción de recursos finitos, que se creían ilimitados o sustituibles por el desarrollo tecnológico, la amenaza creciente de la contaminación global.

La concepción neoliberal es fruto de una filosofía pragmática del crecimiento económico garantizada por la economía de la oferta y el monetarismo extremo, pretendiendo que el equilibrio del mercado está asegurado sólo por la autoregulación y por los beneficios económicos, de manera tal, que en esta visión la intervención del Estado representa un costo social, fuera de las ganancias económicas y un obstáculo en la monetarización de muchos de los derechos de asistencialidad de la población, que antes eran cautelados.

La connotación social y ecológica de la economía de mercado es una labor inmediata de las izquierdas. Se debe trabajar por una reestructuración de la sociedad industrial y de mercado, lo cual obliga al Estado a incidir en la producción estratégica, en la distribución y en la regulación democrática de la economía. Un estado con prestaciones sociales, con una política fiscal redistributiva y con capacidad de estímulo e intervención en los procesos de acumulación de los excedentes y de las inversiones.

El capitalismo, en su expresión de neoliberalismo extremo, concibe el mundo como una gigantesca máquina que hay que dominar, manipular, explotar y, a la vez, transformar y, por tanto, mercantilizar universalmente. Esto trae resultados extraordinarios en el desarrollo de la técnica, pero también, aberraciones mentales y éticas. La ausencia de límites morales al enriquecimiento, la carrera desenfrenada al éxito, promueve una inflación narcisista en las personas y una desvalorización de sus relaciones. Hay una ampliación de la dimensión de los problemas que afectan a la humanidad. Se han dilatado en el tiempo e hipotecan el porvenir de las generaciones futuras.

La política neoliberal es también la implementación de una tecnocratización del poder que impide el acceso como la participación de la sociedad civil. Lo que se persigue es despolitizar las sociedades, es limitar la sociedad civil, es tutelar la democracia. Por ello la izquierda debe colocar la libertad y la autodeterminación contra el automatismo, la autorepresentación de la sociedad civil contra la burocratización y el copamiento del estado político. Es decir, humanismo y libertad para la cultura socialista es sinónimo de liberación, de emancipación, de creación de condiciones económicas, culturales y de oportunidades para que la libertad sea posible. Es, también solidaridad, que implica

cooperación y trabajo común, ética de colaboración. Si la política es "el arte de lo posible", la política y la ética socialista debe buscar "hacer posible lo necesario".

Es a partir de ello que la izquierda debe proyectar su capacidad innovativa más allá de su territorio y de sus fronteras culturales clásicas. Debe adquirir la capacidad de hablar al conjunto de la "ciudad", sin renunciar, por ello, a sus ambiciones históricas pero desligándose, sin nostalgias, de las consignas, de los símbolos, de los residuos ideológicos que resulten anacrónicos con la nueva realidad cambiante que vivimos. La razón de un socialismo actual se identifica con los destinos éticos-políticos de toda la "ciudad", con el orientamiento de la vida colectiva según cánones radicalmente distintos a los de la vulgaridad mercantil.

Ello comporta trabajar por un proyecto alternativo al neoliberalismo, por un pacto de nuevos equilibrios contractuales nacionales y mundiales. Interdependencia debe significar multipolaridad, derrota de los nacionalismos estrechos y del subdesarrollo que se constituyen en grandes amenazas para el nuevo equilibrio mundial.

Ser de izquierda, entonces, significa mucho, en mi opinión, en el mundo que se asoma en el 2000. Significa generar una cultura de la solidaridad, luchar por imponer condiciones de mayor igualdad en la situación de inicio, de partida, de los seres humanos, insistir en la creciente participación política en las decisiones que influyen en la vida de todos, estimular los procesos emancipadores individuales, las nuevas libertades y derechos, que se reflejarán en un enriquecimiento de la sociedad.

Ser de izquierda debe significar un compromiso con la tarea de hacer avanzar la democracia mucho más allá de los límites que hasta ahora se han conquistado e incorporarla a

todos los ámbitos de la sociedad: en la actividad económica, en la enseñanza, en las relaciones entre sexos, en la salud, en las comunicaciones, en las personas, en la vida cotidiana permanente.

LA NOSTALGIA NO SIRVE A LA IZQUIERDA

En este debate es evidente que existen intelectuales que han debido aceptar, y sufrir, formalmente la renovación del pensamiento de la izquierda frente al peso abrumador de la realidad, pero que no han resuelto sus propias contradicciones culturales y no se deciden a cortar los vínculos doctrinarios con una cultura que colocó a la izquierda tradicional fuera de la mayor parte de las características y de los principios de la modernidad, entre ellos nada menos que de la democracia, del pluralismo, de un concepto extendido de las libertades y de la propia existencia del mercado.

Personalmente respeto, sin compartirla y sin estigmatizarla, la visión de quienes sostienen que superar a Marx y a su interpretación del racionalismo crítico implica "abandonar el instrumento primario para cualquier acción transformadora".

Sin embargo, hay quienes, desde la izquierda, creemos que el pensamiento de Marx debe ser radicalmente sobrepasado, en primer lugar como "doctrina", ya que la mayor parte de sus tesis son, como hemos explicado, inaplicables y no permiten leer la realidad de un mundo distante 150 años a la publicación del "Manifiesto Comunista".

Entendámonos, Marx es incancelable en cuanto su metodología y la radicalidad de su pensamiento crítico es parte incorporada a la cultura y al "sentido común" del pensamiento moderno. Marx más que un sistema o un "modelo socialista" nos dió una historia, nos dió una sensibilidad so-

cial, una manera de mirar el mundo y eso está en cada uno de nosotros, como cada uno de nosotros tiene mucho de Rousseau, de Voltaire y de otros pensadores que emblemataron nuestro mundo.

Marx, además, anticipó una época que tenía características estructurales muy definidas y construyó su teoría económica y política dentro de las características de esa época y también de sus límites. Pero la época de Marx, con un tipo de producción standarizada y de consumo de masas, con una organización jerarquizada dentro de una industria, con el desplazamiento del trabajo independiente o artesanal al trabajo asalariado, con un Estado que tenía un peso decisivo en la producción, con mercados reglamentados, con una democracia que aún no conocía el sufragio universal y con muchas otras características, murió y hoy nos encontramos en una época distinta y es responsabilidad nuestra descifrarla.

Esta nueva época interdependiente genera, justamente, razones y principios universales, transversaliza muchas de las contradicciones cardinales, transfigura la estructura social, los sujetos y las formas de la política que fueron típicos de la época anterior.

Es en esta nueva época en la cual tiene que situarse la izquierda y el progresismo. Debe hacerlo sin nostalgias ya que ello significaría transformarse en una fuerza conservadora, como ocurre actualmente con un sector de la vieja izquierda, que añora el pasado y se niega a sí misma.

Ello implica, entre otras cosas, entender y reconocer sin ambigüedades que Marx no es sólo "epistemología y lógica analítica secular", Marx es también una visión reductivista de clases, es la dictadura del proletariado, es la verdad científica, es una visión predemocrática de la política, es la idea del comunismo como finalización de la historia, es una ver-

dadera escatología de la historia . Esto , y muchas tesis de Marx, son parte de la esencia de su pensamiento y obviamente no pueden ser asumidas hoy por una izquierda que quiere ser alternativa de cambio en el mundo y para lo cual debe recrear una cultura que tiene en cuenta la metodología de Marx ,su primera inspiración libertaria, su sentido ético en favor de los desamparados, pero que no se limita ni circunscribe a ella y se sitúa en el ámbito de una reflexión que incorpora una pluralidad cultural mucho más rica y actualizada.

Implica, también, despojarse individualmente de la pretensión de ser depositarios de la "verdad" y de estar predestinados a jugar la "misión" de jueces con capacidad para resolver las posiciones correctas más allá de las cuales una persona es "oportunista" o es motejada de cualquier otro calificativo de típica memoria stalinista. Hay que botar, dentro de nosotros mismos, el muro de la arrogancia que a más de alguno le permite tratar de " intelectuales menores" a personajes como Rosselli, Bobbio y otros "socialistas liberales" italianos. Debemos superar el estado primario en que ha vivido la izquierda y que le impide debatir despersonalizadamente, sin pretender beneficios instrumentales, colocando ideas, escuchando las del antagonista, recreando nuevas síntesis.

LA DEMOCRACIA COMO PROYECTO INCUMPLIDO

Frente a quienes se preguntan ¿ cómo va a ser la democracia el rasgo distintivo del socialismo si en ella "existe un acuerdo casi universal" ?. Lo primero que hay que decir, es que desgraciadamente en la cultura socialista la democracia no fue un rasgo distintivo , porque no lo era para el marxismo, ni lo fue para las experiencias que surgieron de él. Por tanto no es indiferente el que la renovación de la izquierda afirme la idea de la democracia, ya no sólo como un camino

hacia otro objetivo, sino como principio y fin de una política transformadora.

Pero, en segundo lugar, me parece un grave error conceptual y una peligrosa reductividad, el que se sostenga que la democracia sólo existe en la esfera de la política. La democracia es un sistema político que tiene reglas que la caracterizan como soberanía del pueblo y que regulan las instituciones y una manera de ejercer el poder .

Sin embargo, la democracia no se agota en sus normas. La democracia es, también, un conjunto de valores, de principios, de criterios éticos que otorgan perspectivas a la dignidad del hombre moderno y que en la visión de una cultura de izquierda nueva debe permear el conjunto de los fenómenos de la sociedad. La democracia es ,además, un proceso abierto que no se limita sólo a su premisa de "contar las cabezas más que cortarlas", ni se detiene frente a la forma de representatividad que la ha caracterizado en el último siglo. La democracia es mucho más que eso. Es una conducta, es una manera de pararse en la sociedad, es una manera de concebir todo el conjunto de las relaciones humanas que, naturalmente, van mucho más allá de la política que es sólo una esfera de ellas.

Por ello, cuando planteo la necesidad de crear una "cultura de radicalidad democrática" y de extenderla al plano cultural, político, social y económico, lo que afirmamos es que los valores democráticos, en una óptica progresista, deben ser el centro de regulación de la sociedad y del sistema.

LA REVOLUCIÓN DE LA VIDA COTIDIANA

Ser democrático en el plano cultural significa propiciar la más plena libertad ideal, de creación, de conciencia, significa promover las diferentes formas que adquiere la vida

cotidiana, el respeto a la diversidad, una pluralidad que vá mucho más allá del pluralismo en política y que consagra la tolerancia.

Ser democrático en el plano económico y social, significa, en otras cosas, pensar en una estrategia de desarrollo que comprenda un profundo sentido de "democracia social", de equidad, de distribución de los ingresos, de regulación del mercado, de participación de los trabajadores en la fijación de las políticas gubernativas en el ámbito de la producción y de los servicios.

Ser democrático en el plano político significa respetar las instituciones elegidas y el estado de derecho y trabajar por potenciarlo, pero significa además, dotar a la sociedad civil de un peso mayor en las decisiones que competen a la vida de cada persona y que la democracia no se limite sólo a aquella magnífica conquista de "elegir a quienes deciden". Ser democrático en el plano de género significa redefinir toda una concepción de la política, del estado, pero también de la vida humana, que ha sido escrita sobre la base del individuo-hombre y que ha excluído desde sus orígenes a la mujer.

La democracia no sólo debe cruzar el Estado, debe cruzar la vida cotidiana. Debemos pensar en una familia democrática, en una relación de la pareja donde se respeta la identidad de ambos, en los derechos de los hijos y donde la propia familia deja de estar definida por un sólo modelo.

Debemos pensar en relaciones laborales democráticas, donde el mayor rendimiento productivo no devenga del bajo costo del salario o de las arbitrariedades, sino de una creciente incorporación de tecnología y especialización del trabajo, lo cual implica un nuevo tipo de vínculo entre empresarios y trabajadores.

Debemos pensar en una sociedad actuante, crítica, sensible, informada por medios de comunicación donde no sólo prime el marketing y los connotados ideológicos de quienes detentan la creciente concentración de la propiedad que en ellos se produce. Debemos pensar en una sociedad donde los derechos del consumidor, del enfermo, del creador, en síntesis, del ciudadano, estén debidamente cautelados por un Estado que no renuncia a ejercer el rol de regulador de las relaciones sociales, a proteger a los más débiles, a asegurar las condiciones de oportunidades para el desarrollo de todos los integrantes de la sociedad.

Todo esto implica más altos grados de democracia, concepción que transforma a este instituto moderno y universal, en el centro del sistema y, a la vez, le otorga todo el grado de "subversividad" que una democracia, con horizontes más bastos, debe tener.

Ser de izquierda hoy significa un gran compromiso intelectual y ético y este no se resuelve ni con las nostalgias, ni con los pragmatismos apresurados, ni recurriendo a las descalificaciones ni a otras formas de dogmatismos intelectuales. Se resuelve buscando, con la extrema humildad, respuestas nuevas a la multitud compleja de problemas que se nos presentan al terminar el siglo y desarrollando una incesante búsqueda cultural que deberá afianzarse en el pasado, en nuestras historias, en nuestras tradiciones, pero que deberá tener altos grados de discontinuidad para construir una alternativa creíble, capaz de reentusiasmar a los ciudadanos con la política y de crear, a partir de las personas con rostros e identidades y no del hombre-masa, nuevos momentos de agregación colectiva.

REFERENCIA BIBLIOGRAFICA

Casullo Nicolás: AA.UU. "El debate modernidad-por modernidad". Ediciones El Cielo por Asaldo, Buenos Aires, 1993.

Gramsci Antonio: "Quaderni del Carcere", Linaudi, Torino, 1965.

Lenin, Vladimir Ilicia V.: "L'imperialismo, fase suprema del capitalismo", Opere, Riuniti, Roma, 1964.

Marx: "L'ideologia Tedesca", Opere, Riuniti, Roma, 1986.

"Il manifesto comunista", Opere, Vol. 6, Riuniti, 1986.

"Lineamenti fondamentali di critica del Economia Política" G. Backhaus, Torino, 1976.

Salvatore Massimo: "L'utopia caduta", La Terza, Bari, 1991.